

“Conflictos, sí gracias”

Demasiadas tensiones, frustraciones, luchas ... hacen que las culturas, todos los pueblos, tengan narraciones de “utopías”, “estados de naturaleza perfecta”, “mundos felices” ... junto a un sin fin de argumentaciones destinadas al “arreglo del planeta”, al logro de una “vida de color rosa” o películas de “happy end”. Y si hubo épocas en las que estos sueños se gestaron comunitariamente, planificando revoluciones y exigiendo cambios en las estructuras; hoy, en cambio, la tendencia predominante es individualista. Ejemplo de este retorno a un yo narcisista es el aumento y el éxito de filosofías orientales o de terapias que buscan armonizar el *karma* para hacerlo invulnerable a todo tipo de conflicto. En cualquier caso es más de lo mismo, es decir, buscar espacios puros, paraísos artificiales y refugios afectivos para evadirse de una realidad áspera, violenta y excluyente.

A pesar de todo, la testaruda realidad sigue siendo un campo sembrado de innumerables conflictos: tensiones tan próximas al individuo como la propia piel, problemas en las relaciones como si pesara una condena perpetua de no-entendimiento e intereses particulares tan fuertes como para dar al traste con cualquier proyecto global. Todo está “transversalizado” por conflictos. Y en tiempos de hedonismo donde se apuesta por la realización personal, ¿hoy más que antaño?, puede que estos provoquen frustraciones como nunca lo hicieron.

Pero lo temible no son los inevitables conflictos en sí, sino algunas de las consecuencias negativas que pueden provocar. Los conflictos son neutros y sólo las respuestas que se den serán positivas o negativas. Muchos alumnos se habrán sentido rechazados, o no habrán sido muy populares entre los compañeros, o fueron objeto de burla de otros estudiantes; pero muy pocos desembocaron en hechos de extrema violencia como en Denver (EE.UU.) y Alberta (Canadá).

El reto está en reconocer y aceptar los conflictos como inherentes a nuestro modo de ser vivos, de ser personas y de ser ciudadanos, descubriendo en ellos la oportunidad que son para el desarrollo personal, la mejora de la convivencia y el desarrollo de las instituciones. De esta manera, la pregunta ya no es cómo eliminar los conflictos sino qué hacemos cuando aparecen.

¿Qué papel tiene la educación en los conflictos? ¿Cómo se pueden resolver adecuadamente? ¿Qué puede hacer la escuela?, ¿y la familia? Queda dicho que el objetivo no es eliminar ni reprimir los conflictos; una tarea tan imposible e inútil como en la que se empeñó Sísifo con su piedra. El primer paso para “habérselas” con los conflictos está en la anticipación y en la proyección, de donde nacen los caminos de la prevención y de la resolución. El segundo es una mirada positiva, constructiva y pacificadora, como siempre que se trata de algo en lo que el ser humano anda por medio. Tercero, llevar a cabo un proyecto educativo en valores que incluya la sensibilidad y las emociones como algo esencial. Y por último, aunque es punto de partida, con el imprescindible acuerdo, participación, coordinación y esfuerzo compartido de la familia, la escuela y la sociedad. ■